

**Brillo del sol y los nietos del jaguar:
una historia, en dos capítulos, del
conflicto de la superposición entre
una tierra indígena y una unidad de
conservación de la naturaleza, en la
Mata Atlántica brasileña**

Bruno Martins Morais

Introducción. La madre del Sol en la encrucijada¹

Los antiguos cuentan que la madre del Sol, cuando era joven, estuvo en el mundo. Era una mujer bonita, a la que le gustaba cazar, y un día hizo un lazo para atrapar perdices. Al contrario de agarrar un *chororo*, cayó una lechucita en su lazo. A ella le gustó tanto la lechucita que se la llevó para la casa e intentó alimentarla con grillos (*kyju*), pero la lechuza no se los comía. Intentó alimentarla con mariposas (*popo'iju*), pero la lechuza no se las comía. Solo comía *mbeiju*, migas del pastel de maíz. Todas las noches la lechuza se dormía en la cabeza de su dueña y con el ala el animal la consentía.

No tardó en crecerle el vientre y ella notó que estaba embarazada. Sin entender lo que había sucedido, se preocupó. La lechuza, percibiendo su tristeza, se transformó en hombre: era Nhanderu Tenondé, Nuestro Primer Padre.

—¡Vámonos para mi casa azul! —dijo a su novia.

Ella no quiso ir, con miedo de que la primera esposa de Nhanderu se pusiera celosa.

—Puedes ir más tarde, ¡pero tráeme a mis hijos!

Nuestro Padre se fue, y la madre del Sol se quedó sobre la tierra. Después resolvió seguir los pasos de Nhanderu, llevando a Pa'i en el vientre. Ella preguntaba “¿es por aquí, hijo mío?”, y el Sol le respondía señalando el camino.

Pa'i vio una flor de iris y le pidió a su madre:

—Recógela, madrecita, para que ella nos alegre cuando lleguemos a la casa de Nuestro Padre.

Adelante vio otra:

—Coge esta también, para que nos alegre cuando lleguemos a la casa de Nuestro Padre.

1 Traducción: Mariana Serrano Zalamea

Pero al coger la flor, una abeja picó a la madre del Sol. “¡Solo después de que nazcas me puedes pedir juguetes!”, la mujer lo regaña. Más adelante, ella se detiene en una bifurcación.

A la izquierda estaba el camino a la casa celeste de Nuestro Primer Padre. A la derecha estaba el camino que conducía a la cueva de las onzas manchadas [jaguales], que la devorarían. La madre del Sol no lo sabía. Le pregunta a su hijo:

— ¿Es por aquí, hijo mío?

Pero en su vientre solo hay silencio.

Esta es la primera parte del mito de los gemelos Sol y Luna en la época en que vivían en la tierra,² y resuena de alguna manera en la historia que pretendo contar en este artículo: la de doña Elza, y la de las tierras guaraníes superpuestas a las unidades de conservación de la naturaleza en el sur y en el sudeste de Brasil.

Doña Elza estaba embarazada cuando llegó a *tekoa* Kuaray Haxa. Sin embargo, durante la última visita que le hice en el año 2019, su hija ya era quien me mostraba el puñado de espigas de *avatxi ete’i*, el maíz criollo, mientras conversábamos sentados en la casa de oración. Había sobrado un poco de la zafra, pero los guaraníes estaban felices de plantar. En la carretera habían sido tres años sin acceder a un palmo de tierra, tres años sin enterrar una semilla. A pesar de las dificultades y del recelo de ser desalojados por fuerza del proceso judicial que promueve el órgano ambiental federal en contra de la comunidad, las seis familias de la aldea abrieron pequeños cultivos y recogieron algo de maíz, de yuca y de banano. Cada año, replantan lo que sobró.

El *tekoa* Kuaray Haxa es una aldea superpuesta a la Reserva Biológica Bom Jesus, ubicada entre los municipios de Antonina y Guaraqueçaba, estado de Paraná, y administrada por el Instituto Chico Mendes de Biodiversidad (“ICMBio”), el órgano ambiental responsable de la gestión de las áreas de conservación de la naturaleza en Brasil. Los fiscales que representan al ICMBio promueven, en contra de la

2 Hay diferentes versiones registradas de este mito, cada cual haciendo énfasis en un episodio diferente o a un aspecto sobresaliente de la historia. El fray franciscano André Thevet, por ejemplo, registró en el año de 1558 una primera variante entre los Tupinambá de la Francia Antártica. Mucho más recientemente, León Cadogan recolectó la misma historia entre los Mbyá-Guarani del Guairá. Una traducción de Pierre Clastres se popularizó en Brasil a partir de una edición francesa. Y una versión bilingüe cuenta con ilustraciones de Carlos Papa Miri, un *xeramoï* mbyá-guaraní de Rio Grande do Sul. Las referencias originales pueden ser encontradas en Thevet (1978), Cadogan (1997), Clastres (1990), Kanguá y Poty (2003).

comunidad, una acción civil pública que pide su desalojo. A los ojos de los gestores ambientales, no se trata de una ocupación tradicional ya que los indios habrían llegado a la zona solo en 2011. La Reserva Biológica fue creada al año siguiente, en 2012. Según ellos, la presencia de los guaraníes es riesgosa para la preservación de algunas especies amenazadas de extinción que habitan en el lugar, especialmente para las onzas manchadas (*Panthera onza*), especie de jaguar que habita en las tierras bajas de América del Sur.

Doña Elza no es la única guaraní amenazada por medidas judiciales que piden el desalojo de comunidades enteras a favor de la conservación de los jaguares. En los estados del sur y del sudeste de Brasil, es decir, entre los estados de Rio Grande do Sul, Santa Catarina, Paraná, São Paulo, Rio de Janeiro y Espírito Santo existe información de al menos cinco procesos que controvierten el derecho que tienen los pueblos guaraníes a las tierras tradicionalmente ocupadas y las políticas de conservación ambiental; el recuento es de la asesoría jurídica de la Comisión Guaraní Yvyrupa, organización política indígena que articula a las aldeas del pueblo Guaraní en esos seis estados.

Sin embargo, ese número puede ser mayor. Una buena parte de las acciones se interponen contra la Unión, el Ministerio de Justicia, o contra el órgano indigenista oficial, la Fundación Nacional del Indio (Fuani), y no pocas veces se interponen contra sus propias comunidades. No hay una base de datos públicos que pueda informar el número y la situación de las unidades de conservación superpuestas a tierras indígenas. El último censo fue hecho por una organización de la sociedad civil, el Instituto Socioambiental (ISA): 42 unidades de conservación estaban imbricadas sobre 37 tierras indígenas (Ricardo, 2004, p. 592). Sin embargo, los números datan de hace más de una década y es posible que ya se hayan duplicado. Al mismo tiempo, el ISA encabezó la iniciativa de identificar los casos y convocar a antropólogos, indigenistas, ambientalistas, gestores e incluso juristas a un debate franco acerca del tema. La publicación cumple un largo itinerario, mapeando superposiciones en la Amazonia y en la Mata Atlántica especialmente, profundizando en algunos estudios de caso; esta parece haber sido la última gran sistematización de las discusiones en torno del asunto.

Las contribuciones de este artículo pretenden retomar el hilo de esa madeja. A pesar de la falta de información general que nos permita tener un panorama amplio de la situación actual, pretendo suministrar aquí un itinerario de aproximación al conflicto de la superposición entre unidades de conservación de la naturaleza y las tierras indígenas en Brasil, en especial las tierras guaraníes, a partir de la presentación de un caso: el del *tekoha* Kuaray Haxa superpuesto a la Reserva Biológica

Bom Jesus, un área protegida de conservación integral. Escribo en mi calidad de antropólogo interesado en el tema de la territorialidad guaraní y también como abogado. En la medida en que actué, hasta el año de 2019, como asesor jurídico de la citada Comisión Guaraní Yvyrupa, asumo una posición privilegiada “anfibia” (Garavito, 2015) entre investigador y activista para proveer un relato de este caso, que insiste en ser presentado como un choque entre el derecho de los pueblos indígenas a su territorio, por un lado, y, por otro, el derecho a un medio ambiente saludable y equilibrado, garantizado por las políticas de conservación ambiental. Mis argumentos, alineados con lo que me han enseñado los guaraníes con sus historias, son dos: primero, que las ponderaciones jurídicas sobre la forma tradicional de ocupación no pueden desconocer las narrativas que conforman la historia, la memoria y la relación de identidad de ese pueblo con la tierra que reclaman como suya; segundo, que la ocupación indígena, a la luz de esa misma historia, memoria y relación, es un instrumento proclive a las políticas de conservación de la naturaleza.

Mata Atlántica, el territorio de un pueblo

Las onzas intentan comerse el Sol

La madre del Sol toma el camino de la derecha y va a parar en la casa de las onzas manchadas. Allá, una onza bien vieja esperaba que los nietos regresaran con la caza:

—¡Váyase! ¡Mis nietos se la van a devorar!

Pero los nietos están llegando, la onza vieja esconde a la madre del Sol en un cuenco. Los nietos sienten el olor a carne.

—¡Nuestra abuela tiene caza!

Y olisqueando a la madre del Sol, los nietos de la vieja onza levantaron la urna y encontraron a la mujer. La mataron inmediatamente, y al ocuparse de su carne encontraron al niño:

—¡Abuela, ella está embarazada!

—Entonces asa a la cría, que tiene carne blanda y puedo comérmela con mis dientes de vieja.

El nieto intentó asar a la cría, pero no logra insertarle el pincho.

—¡Ya sé, la voy a asar a la brasa!

Pero no logró asarla en el fuego, no quemaron al Sol.

—¡Entonces llévenlo al mortero y golpéenlo bien!

Pero el Sol no moría. Las onzas desistieron de comerse el Sol y resolvieron convertirlo en su mascota.

Según Ruben Saguier:

Antes de la llegada de los europeos, la gran familia o la nación Tupi-Guaraní ocupaba una vasta región que, de manera discontinua descendía por las costas del Océano Atlántico desde la desembocadura del Amazonas hasta el estuario Platino, extendiéndose rumbo al interior hasta las estribaciones andinas, especialmente en torno de los ríos. (Saguier, 1980, p. IX)

Por el litoral, desde la desembocadura del Amazonas hasta la boca del río de la Plata. Por el interior, hasta la falda de los Andes siguiendo la pradera de los grandes ríos. Este era –y todavía es– el territorio ocupado por los pueblos hablantes de la lengua tupi-guaraní. La expresión de esa territorialidad está registrada en las crónicas de diversos expedicionarios, como Alvar Núñez Cabeza de Vaca que, partiendo en expedición de la isla de Santa Catarina, relata sus paradas por poblaciones de una “nación de indios” que “ocupa una gran extensión de tierra y hablan una sola lengua” (1999, p. 157). Ulrich Schmidel, Binot de Gonneville y Aleixo Garcia, además de todo el universo de las crónicas jesuíticas, dan testimonio de la presencia guaraní en casi la totalidad de lo que hoy son los estados del sur y del sudeste de Brasil, sumados a Mato Grosso do Sul, desde el litoral hasta la cuenca de La Plata y más arriba del río Paraná, adentrándose en Argentina, Paraguay y Bolivia.

Aunque no haya datos confiables, la antropóloga de la misión francesa, Hélène Clastres, estima que la población guaraní en el siglo XVI alcanzaba mínimo la cifra de 1,5 millones de personas (1978). Algunos estudios etnográficos como los de Curt Nimuendaju, Egon Schaden y León Cadogan permitieron especificar las diferencias grupales y consolidaron a los contemporáneos en cinco subgrupos: Chiriguano, Guajankui, Nhandeva, Kaiowá y Mbyá (Schaden, 1962). Tres de esos subgrupos están ampliamente representados en el territorio brasileño: los Kaiowá, cuya mayoría está en el Estado de Mato Grosso do Sul; y los Nhandeva y Mbyá, dispersos entre el litoral y el interior de los estados del sur y del sudeste, de tal modo que se podría decir que actualmente los guaraníes habitan en Brasil sobre todo en los estados de Rio Grande do Sul, Santa Catarina, Paraná, São Paulo, Rio de Janeiro, Espírito Santo y Mato Grosso do Sul. Todavía hay registros de familias guaraníes en Tocantins, Pará y Maranhão.³ Algunos datos recientes

3 Esas familias llegaron al norte del país a partir de un proceso migratorio liderado por el indígena Manoel Rodrigues en la década de los sesenta, en un movimiento muy similar al de las familias del *tekoha* Kuaray Haxa. Acabaron dispersos entre la TI Xambioá (TO), TI Mãe Maria (PA), TI Rio Pindaré (MA), y en RI Nova Jacundá (PA). Todavía existen registros de familias guaraníes en otras tierras del norte y del nordeste, pero no dispongo de información precisa sobre ellas.

levantados por la Fundación Nacional del Indio (Funai) y la Secretaría Especial de Salud Indígena (Sesai), órganos de la política indigenista oficial, calculan que los guaraníes brasileños oscilan entre los 70 y los 74 mil individuos.

Según la Funai, hoy existen en Brasil 66 tierras de ocupación tradicional guaraní, y otras 35 áreas de ocupación no tradicional reservadas para este pueblo. Esas tierras indígenas conforman una superficie de aproximadamente 240 023 hectáreas y albergan a 62 772 indígenas.⁴ Conviene subrayar que la superficie aquí indicada se refiere al área total de las tierras y reservas oficialmente delimitadas, pero no existe ninguna garantía de que estén bajo la posesión plena de los indios. Gran parte de las demarcaciones cuentan con pleitos administrativos y judiciales que impiden, suspenden o invalidan los actos administrativos que buscan poner la tierra a disposición de los guaraníes. Otra parte de la población guaraní, es necesario decirlo, habita en tierras y reservas indígenas demarcadas a otros pueblos; o, incluso, no vive en tierras ni reservas indígenas, sino en ocupaciones precarias a la orilla de las carreteras, pastizales del interior fundos de pasto, bosques ribereños de haciendas, aguardando que sus reclamos por demarcación sean atendidos por el Estado brasileño.

Pero veamos otra descripción de una territorialidad precolombina, esta vez por un ambientalista. Ibsen Gusmão Câmara describe la dispersión del bosque tropical, la Mata Atlántica:

... en la época del descubrimiento de Brasil, una cobertura selvática prácticamente continua, aunque muy diversificada en su constitución fito fisonómica y florística, se extendía a lo largo de la costa, desde Río Grande do Norte hasta Río Grande do Sul, con amplias extensiones hacia el interior, cubriendo casi la totalidad de los Estados de Espírito Santo, Rio de Janeiro, São Paulo, Paraná, Santa Catarina, además de partes de Minas Gerais, Rio Grande do Sul y Mato Grosso do Sul y de extensiones en Argentina y Paraguay. Esa inmensa selva heterogénea que ocupaba una superficie superior a mil kilómetros cuadrados, solamente en Brasil (cerca de 12 % de la superficie del país), aunque hoy muy reducida y fragmentada, justifica una denominación común que la asuma en su totalidad. (Câmara, 1991, pp. 7-8)

Siendo la segunda formación más grande de bosque tropical de América del Sur, la Mata Atlántica ocupaba toda la costa del noreste, sudeste y sur del Brasil, y con una variada franja de anchura y en

4 Los datos son de 2015 y tienen en consideración los registros de la Diretoria de Proteção Territorial da Fundação Nacional do Índio (Dirección de Protección Territorial de la Fundación Nacional del Indio), y los censos de la Secretaria Especial de Saúde Indígena (Secretaría Especial de Salud Indígena).

dirección al interior abarcaba formaciones en Argentina y Paraguay. Una coincidencia casi exacta con la territorialidad guaraní, de tal modo que podría decirse que una y otra están natural e históricamente superpuestas. Y, tal como la ocupación indígena, los dominios de la Mata Atlántica fueron divididos a medida que se abrían las haciendas, que crecían las ciudades y que se trazaban las carreteras.

Los remanentes de ese inmenso bosque cubren, hoy, un área de 98 mil km², esto es, 7,6 % de su área original. Esa pequeña parcela alberga 712 unidades de conservación: 131 federales, 443 estatales, 14 municipales y 124 privadas, distribuidas por 16 estados.⁵ Los números impresionan, pero los conservacionistas son unánimes al reconocer su insuficiencia: al ser pequeñas y frágiles en sus ecosistemas, las unidades de conservación suman solo el 2 % del área de los remanentes.⁶

Comprendo que esas cifras tal vez no le digan mucha cosa a quienes no conocen la realidad de ese pueblo, o los problemas de la conservación del bioma de la Mata Atlántica, o a quienes estén muy distantes de los debates socioambientales brasileños. El mapa 1 podría ayudar a ubicar la discusión, pero lo más importante es subrayar que las deficiencias tanto para la protección de los derechos de los pueblos indígenas en lo concerniente a la demarcación de tierras como para la política de conservación de la naturaleza son el resultado dramático de un proceso histórico y violento de expropiación y ocupación desordenada del territorio, que recortó tanto la territorialidad guaraní como el bosque tropical en pequeñas islas de áreas protegidas, muchas veces superpuestas entre sí.

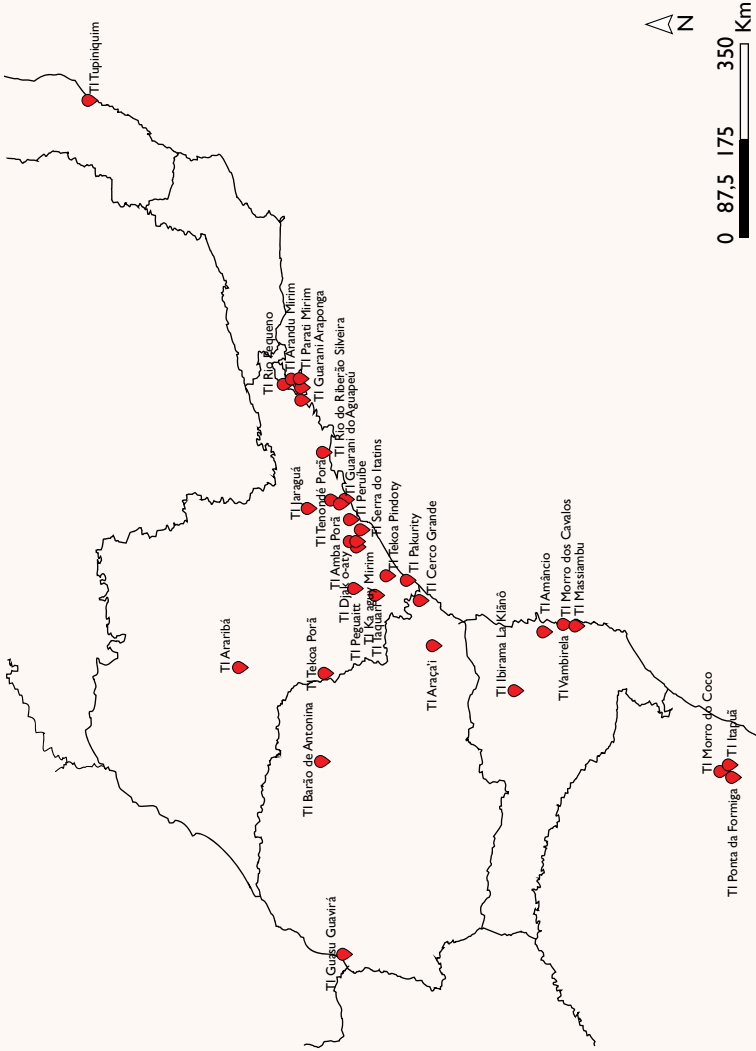
En algunos casos, los eventos de ese proceso se remontan a los siglos XVI y XVII, cuando los asentamientos en el litoral de São Paulo abrían el camino para la apertura de las haciendas coloniales: en otros casos, la narrativa de la espoliación circunda las épocas más recientes. Entre las décadas de los cuarenta y ochenta –un periodo de la historia en que Brasil vivió una intermitencia entre regímenes de excepción–, las familias guaraníes que se refugiaron en el bosque del estuario de

5 Datos del Cadastro Nacional de Unidades de Conservação (Catastro Nacional de Unidades de Conservación), del Ministerio del Medio Ambiente. <http://www.mma.gov.br/areas-protegidas/cadastro-nacional-de-ucs/>.

6 La constatación está, por ejemplo, en el estudio del Instituto de Pesquisas Econômicas e Aplicadas (Instituto de Investigaciones Económicas y Aplicadas) que alertó sobre el impacto del nuevo código silvestre en las áreas de reserva legal. Los investigadores subrayaban que reducir las áreas de protección generaría impactos severos sobre la biodiversidad, en especial en la Mata Atlántica, donde la superficie protegida por unidades de conservación es insuficiente. Ver Comunicado Ipea 96 – Código silvestre: implicaciones del PL 1.876/99 en las áreas de reserva legal. Brasilia, junio de 2011.

MAPA I

Territorios guaraníes superpuestos a Unidades de Conservación de la Naturaleza



Fuente: elaboración propia.

Paranaguá extendido hasta el Valle del Ribeira fueron removidas forzosamente a las tierras del pueblo Kaingang, en el interior del Estado, y cuando resolvieron regresar a sus tierras se encontraron con un inmenso puerto marítimo.

Frente a él, las islas donde vivían sus abuelas fueron delimitadas como unidades de conservación de la naturaleza, como el Parque Nacional de Superagui y el Parque Estatal de Ilha do Mel; en el continente, encontraron al menos cinco parques estatales además del parque Nacional Saint-Hillaire/Lange y de la Estación Ecológica Bom Jesus, este último superpuesto a la pequeña aldea *tekoa* Kuaray Haxa. Los gestores ambientales se apoyan en todas esas modalidades de unidades de conservación, que por la ley brasileña son de “protección integral”, para decir que no admiten la presencia humana. Los pueblos indígenas y las comunidades tradicionales que habitan allí son, desde hace décadas, acosados por el poder público y, tal como las familias del *tekoa* Kuaray Haxa, enfrentan demandas por despojo.

El brillo del sol

Sol y Luna planean la venganza

Pai'i Kuara, el Sol, buscó lo que sería su arco. Él le lanzaba flechas a mariposas y pajaritos y se los traía a su abuela onza. Como se sentía solo, hizo a su hermano Luna *kurupika 'y'* de la hoja del árbol.

Un día entraron a la selva azul y le lanzaron una flecha a un loro. Pero no acertaron.

—¡Tiren una vez más! —los desafió el loro.

De nuevo no acertaron y el loro comenzó a hablar:

—¡Ustedes les llevan comida a los que se comieron a su madre!

Al oír eso, *Pai Kuara* comenzó a llorar. Él ya había desconfiado de que las onzas habían matado a su madre.

Le preguntó a *Jaxy*, Luna:

—¿Usted ya es un poco más fuerte, hermano menor?

Luna asintió.

—Entonces vamos a planear nuestra venganza.

Antes de que el abuelo del señor Rivelino Werá se muriera, convocó a su nieto. Le dijo que, durante esos últimos días, él había vuelto a

7 *Sapium glandulatum*, conocido popularmente como palo de leche, lechero, mata ojo o toropi, es un árbol de la familia *euphorbiaceae*, de madera blanda, que los guaraníes usan comúnmente para realizar trabajos artesanales.

soñar con su tierra en donde había un bosque grande a la orilla del mar. También le dijo que él ya estaba viejo y que no viviría para ayudarlos; sin embargo, dio una orden: “cuando yo ya no esté aquí, ustedes cojan a sus hijos y busquen un lugarcito que Nhanderu les va a mostrar”, dijo, “aquí no hay manera de vivir según nuestras costumbres!”

Rivelino Werá Popygua y doña Elza, su esposa, vivían en ese entonces en la aldea Palmeirinha, en la TI Mangueirinha, y se enfrentaban a un sinnúmero de problemas. En efecto, la TI Mangueirinha es una tierra tradicionalmente ocupada por el pueblo Kaingang y que recibió a los guaraníes desplazados de la región de la Mata Atlántica por causa de la política de remoción del Servicio de Protección al Indio. En Brasil, entre los años cuarenta y ochenta, los planes oficiales ratificados por el ordenamiento jurídico, e incluso por la Constitución, buscaban decididamente que los kaingang, un pueblo indígena con una relación bien establecida con el Estado, “civilizaran” a los guaraníes y les garantizaran su integración progresiva a la sociedad nacional.

Involucrados en la explotación de la madera y capitaneados por el jefe del puesto, los kaingang promovieron una verdadera devastación de los remanentes boscosos de la tierra indígena antes de dedicarse a cultivar granos. Los guaraníes quedaron marginados en términos de la vida económica y social de la aldea, y a raíz de ello surgieron diversos conflictos: problemas de violencia, alcohol, falta de liderazgos y de perspectivas para la juventud. Enfrentándose a esa coyuntura y escuchando las palabras del abuelo, Werá, Elza y otras familias emparentadas con ellos abandonaron la TI Mangueirinha y emprendieron una verdadera peregrinación en busca de un nuevo lugar que les sirviera de asentamiento. Llegaron a Palmital, en el municipio de União da Vitória, pero fueron expulsados de allá, según cuentan, por un coronel del Ejército que los habría amenazado con armas, lanzándolos sobre un camión y quemado sus casas. En el camino, un hijo de Werá sufrió un accidente y le negaron la atención en el hospital.

Reagrupados después del ataque, intentaron establecer contacto con sus parientes en la TI Rio da Areia, en el municipio de Inácio Martins. Se albergaron provisionalmente en la TU Araçaí, municipio de Piraquara, en donde vive el rezandero Marcolino, tío de Werá, que también abandonó la aldea de la Palmerinha después de la muerte de su padre. Pasaron un periodo en Contenda, región de Curitiba, viviendo con un señor que se decía indígena, pero luego fueron expulsados del área porque el sujeto quería obligarlos a trabajar gratuitamente para él; con la ayuda de una iglesia, huyeron a la TI Sambaqui, en el municipio de Pontal del Paraná, en la región del estuario de Paranaguá.

Ya habían transcurrido casi tres años de la peregrinación cuando doña Elza tuvo un sueño. En él, ella caminaba por un gran bosque y veía pajaritos coloridos de una especie desconocida para ella. Al despertarse, le contó el sueño al marido y ambos salieron caminando entre los municipios de Pontal del Paraná, Paranaguá, Antonina y Guaraqueçaba hasta que, en una de esas andanzas, se encontraron con las columnas de una casa a la orilla de una carretera. Era una hacienda de extracción de palmito, abandonada hacía mucho tiempo. Doña Elza cuenta que se sentó a recuperar el aliento cuando, para su sorpresa, un sinnúmero de pajaritos coloridos la rodearon.

Eran los pajaritos de su sueño, los saíra-siete-colores (*Tangara seledon*), una especie endémica de la Mata Atlántica. De pronto, ella reconoció el lugar como el *tekoa* Kuaray Haxa, la aldea Brilho do Sol, como si le hubiera sido revelada por Nhanderu, Nuestro Primer Padre, tal como se los había pronosticado el abuelo del cacique Werá. El 19 de abril de 2011, se adentraron en el terreno con sus hijos y fundaron la aldea sin ningún conocimiento acerca de que el área estaba siendo estudiada para la creación de la Reserva Biológica Bom Jesus, lo que además solo comprendieron cuando les llegó la orden de reintegración de posesión expedida por el juicio de la 1ª Vara Civil Federal de Paranaguá, en 2014. El cacique Werá intentó, entonces, establecer contacto con la coordinación de la organización indígena Comisión Guaraní Yvyrupa, que pese a sus limitaciones dispone de una asesoría jurídica y podría así esclarecerle el problema jurídico que enfrentaban. Fue cuando el caso llegó a mis manos.

La demanda

La trampa del Guaviraeté

—Lávate el rostro, mi hermano, o nuestra abuela-onza va a notar que lloramos.

El Sol y la Luna se lavaron el rostro en el lago, y cuando miraron al frente las orillas se habían distanciado. Los dos regresaron caminando, y el Sol intentando animar al hermano, dijo:

—¡Voy a hacerte una fruta!

Anduvo sobre el árbol y nació el *guaviraete*.⁸ Cuando llegaron a la casa, la vieja onza preguntó:

—¿Por qué tienen los ojos hinchados, nietos míos?

8 Gabiroba, guabiroba, guabirova, guavirova, gavirova o *araçá-congonha* es un fruto verde y redondo de *Campomanesia* s.p., un género arbustivo de la familia *Myrtaceae*.

—¡Las avispas nos picaron!

Sol y Luna le ofrecieron *guaviraete* a la abuela-onza.

—Y esa fruta tan dulce, ¿de dónde la trajeron?

—Del otro lado del río —respondió el Sol.

La vieja quiso saber si habían traído bastante.

—Llama a tus hermanos e hijos, abuela mía, ¡que mañana vamos allá y recogemos más! —propuso el Sol.

—Si no fuera de noche, yo iría ahora... —suspiró la vieja.

El Sol combinó con Luna que, a su señal, su hermano derrumbaría el puente y matarían a las onzas ahogándolas.

112

Bruno Martins Morais

El *tekoa* Kuaray Haxa es una ocupación que fluctúa entre cinco y diez familias indígenas guaraníes, del subgrupo mbyá, para un total entre 30 y 40 personas de las cuales por lo menos 5 son niños y una es anciana. Establecidos en el kilómetro 17 de la Autopista Deputado Miguel Rufara, los indígenas ocupan exactamente el área limítrofe entre los municipios Antonina y Guaraqueçaba, y un inmueble que antes le pertenecía al Banco Bamerindus S.A. que, por causa de su deuda pública, lo traspasó en pago al Servicio de Patrimonio de la Unión; este, a su vez, lo traspasó el Instituto Brasileño de Recursos Naturales y Renovables. Dividido en dos porciones, el inmueble posee aproximadamente 5900 hectáreas. Por fuerza del Decreto s/nº, del 5 de junio de 2012, ambos terrenos fueron afectados a la Reserva Biológica Bom Jesus que posee, en total, 34 179 hectáreas y está en fase de regularización agraria. En el entorno de la Rebio hay reservas privadas del patrimonio natural; y al menos un campamento del Movimiento de los Trabajadores Sin Tierra denominado Campamento André Lutzenberger, ubicado a 10 km en línea recta avanzando desde la aldea por la autopista. La Fazenda Bom Jesus, como es denominado el terreno, es una antigua área de potreros de palmito. Una carretera vecinal avanza dentro del inmueble, y proviene de los límites de la autopista; el frente del terreno es de vegetación secundaria en fase de recuperación, el llamado bosque tropical *ombrófilo* o simplemente la Mata Atlántica. En el interior del área hay remanentes de bosque primario.

Esa es la caracterización física del área. En la primera audiencia yo estaba feliz de dictársela así al juez, ya que los términos técnicos eran un testimonio de un cierto nivel de degradación, y el indicio de que una ocupación tan pequeña provocaría poco o ningún perjuicio para la conservación ambiental, más bien al contrario, podría contribuir a su recuperación. Ahí estaba un reclamo práctico pero lo difícil sería el reclamo jurídico: ¿cómo sustentar que el derecho de la comunidad sobre

el área se basaba, de manera más inmediata, en el sueño con pajaritos de doña Elza?

El marco legal

En Brasil, el derecho de los pueblos indígenas al territorio tiene una normatividad constitucional. El cuerpo del artículo 231 reconoce a los pueblos indígenas “los derechos originarios sobre las tierras que tradicionalmente ocupan” y las obligaciones de la Unión en “demarcarlas, protegerlas y [hacer] respetar” esas tierras. Hay un controvertido debate sobre el alcance del concepto de “ocupación tradicional” –tema que, en breve, deberá ser juzgado por la Corte Constitucional–, pero la interpretación más común involucra la comprobación de que el área estaba ocupada, o por lo menos usada históricamente por un determinado pueblo indígena para su reproducción física y cultural. En este sentido es que la Fundación Nacional del Indio promueve extensos estudios científicos interdisciplinarios, entre antropología, historia, geografía, ecología y otras áreas del conocimiento, para instruir procedimientos de demarcación que garanticen la posesión de las comunidades sobre los territorios que reivindican como suyos.

No era el caso del *tekoa* Kuaray Haxa, pues no disponíamos de estudios. Desarrollarlos por nuestra cuenta sería costoso y demorado, y de poca utilidad ya que para que sean asumidos como válidos administrativamente deberían ser producidos por los propios órganos oficiales. En cuanto a estos, una consulta al banco de datos de la Funai reveló que el *tekoa* Kuaray Haxa solo recientemente había sido calificado como demanda por demarcación, al lado de otras más de 200 reivindicaciones en la misma situación. Presionamos al órgano indigenista, pero la verdad es que, aunque consiguiéramos adelantar los estudios, los técnicos del Estado enfrentarían el mismo problema: que, pese a su estrecho vínculo con la propia identidad de una familia guaraní, esa aldea y ese territorio habían sido recientemente ocupados, o reocupados, y eso sería una dificultad que enfrentaríamos para justificar su ocupación ante los órganos del Ejecutivo o del Judicial.

En la contraparte, la legislación que instruye las políticas de conservación brasileñas es contemporánea y se desarrolló en paralelo a las discusiones sobre la protección de los territorios indígenas bajo la Constitución Federal de 1988. Cuando fue aprobada la Ley 9.985/00, que instituye el Sistema Nacional de Unidades de Conservación (SNUC), el decreto que reglamentaba la demarcación de tierras indígenas bajo los nuevos paradigmas de la Constitución cumplía cuatro años de expedido. Los problemas de sobreposición entre las tierras indígenas y las

unidades de conservación de la naturaleza ya se hacían evidentes, al punto de que esa ley ya había previsto, en su artículo 57, la necesidad de creación de grupos de trabajo mixtos entre técnicos del órgano indigenista y ambiental para “proponer las directrices a ser adoptadas con miras a la regularización de las eventuales sobreposiciones”.

Dos años después, el presidente de la República firmó el Decreto 4339 que instituyó los principios y las directrices para la implementación de la Política Nacional de la Biodiversidad. Ese decreto marcó de facto un giro en el tratamiento legal de la interacción entre la conservación y los pueblos indígenas, comenzando por su declaración de principios. En el ítem 2, el inciso XI y el siguiente elevaban la discusión a otro plano:

... 2. La Política Nacional de la Biodiversidad se regirá por los siguientes principios:

[...]

XI - el hombre hace parte de la naturaleza y está presente en los diferentes ecosistemas brasileños hace más de diez mil años, y todos estos ecosistemas fueron y están siendo alterados por él en mayor o menor escala;

XII - el mantenimiento de la diversidad cultural nacional es importante para la pluralidad de valores en la sociedad en relación con la biodiversidad, siendo que los pueblos indígenas, los *quilombolas* y las otras comunidades locales desempeñan un papel importante en la conservación y en la utilización sostenible de la biodiversidad brasileña.

La política nacional de la biodiversidad prescribía textualmente la promoción y el apoyo de la “conservación de la biodiversidad en el entorno de tierras indígenas, de *quilombolas* y de otras comunidades locales, respetando el uso etnoambiental del ecosistema por parte de sus ocupantes” (11.2.7); y reiteraba los términos de la Ley del SNUC al determinar “un plan de acción para solucionar los conflictos debidos a la superposición de unidades de conservación, tierras indígenas y de *quilombolas*” (11.2.8). El desarrollo de un marco legal de la gestión de conflictos de superposición entre unidades de conservación y tierras indígenas continuó con el Decreto 5.758/06, que instituyó un Plan Estratégico Nacional de Áreas Protegidas previendo una integración entre los órganos de gestión para la conservación de la naturaleza y el órgano indigenista. El Supremo Tribunal Federal legó una jurisprudencia paradigmática al afirmar, en el juicio del caso de la TI Raposa/Serra do Sol, que hay una total compatibilidad entre las políticas indigenistas y ambientales.

Más allá de los enunciados de principios, sin embargo, ninguno de esos dispositivos jurídicos constituye instrumentos de garantía de

la posesión de las comunidades indígenas sobre las áreas que se reivindican coincidentes con las unidades de conservación. El Grupo de Trabajo previsto en el artículo 57 no fue constituido de inmediato; ni en los años siguientes. Cuando finalmente la iniciativa se llevó a cabo, en 2011, se hizo claro un *impasse*: en rigor, tratándose del reconocimiento de un derecho originario, la demarcación de una tierra indígena tendría fuerza para anular los títulos incidentes sobre el área reivindicada, incluso los títulos públicos. La posibilidad de que el reconocimiento de un territorio tradicional pudiera, jurídicamente –al menos en teoría–, deconstruir un área de protección ambiental pesaba como una sombra sobre los gestores ambientales, aunque esta no fuera una reivindicación de la mayor parte de los pueblos indígenas afectados. Al menos la de los indígenas en el *tekoa* Kuaray Haxa, superpuesto a la Reserva Biológica Bom Jesus.

Un ombligo y un misterio

Werá y doña Elza me recibieron en la *opy*, la casa donde se reúnen los Mbyá-Guarani para la celebración de sus ritos, y conversamos extensamente sobre las dificultades del caso. Ya expliqué que, antes de oír a la comunidad, el juez de la vara federal de Paranaguá ordenó la reintegración de la posesión y concedió un plazo de pocos días para la salida pacífica de los indígenas del interior de la unidad de conservación. Aún peor, el recurso llevado al Tribunal Regional Federal fue recibido, inicialmente, de manera favorable al ICMBio; y la Fiscalía de la Funai estaba en negociaciones con el juez para garantizar la salida pacífica de los indígenas, frente a la amenaza del uso de la fuerza policial. La razón de la urgencia, les relaté, sería la de que la presencia de ellos allí, según el ICMBio, ponía en riesgo a especies de animales y plantas amenazados de extinción, entre las que estaban los jaguares. Doña Elza me escuchaba, mientras amamantaba a la hija en sus brazos.

La niña nació en el *tekoa* Kuaray Haxa, su ombligo estaba enterrado a la sombra de esos árboles. Después de tres años migrando de un lugar a otro, allí fue que doña Elza reunió las condiciones para construir su casa con su marido, para traer al mundo a su hija. Allí fue que ella halló los pájaros que la visitaban en sueños, y las señales de que aquella era la tierra de que le hablaba el abuelo de Werá: el gran bosque a la orilla del mar, donde los guaraníes podrían vivir según sus costumbres. No había otra estrategia de defensa para este caso sino la de contarle al juez esta historia.

No funcionó.

En la primera audiencia, a pesar del testimonio de Rivelino Werá sobre su trayectoria, un juez con poca paciencia para escuchar sobre sueños y pajaritos reiteró la orden de reintegración de la posesión y determinó un plazo para que la Fuani presentara un plan de retirada de los indígenas del área. Después de unos pocos días, no obstante, sucedió algo tan misterioso como los sueños de doña Elza: el juez de segunda instancia, Des. Luís Alberto D’Azevedo Aurvalle, cambió de idea. Revocó la decisión anterior, que sustentaba el reintegro de la posesión, llevó al Tribunal Regional Federal un voto que reconocía la compatibilidad entre los principios de las políticas de conservación ambiental y la protección de los territorios indígenas. La decisión permitía que las familias *tekoa* Kuaray Haxa permanecieran en donde estaban, una vez cumplidas las condiciones de preservación del área –entre ellas, la de que la comunidad no podría aumentar–. A pesar de esas imposiciones, la decisión fue celebrada con efusividad.

Y, con esa misma efusividad, la decisión fue atacada por el ICMBio. Los gestores ambientales pasaron entonces a llevarle al juez informes periódicos de que los indígenas estaban degradando el área y contraviniendo las condiciones de conservación impuestas por el Tribunal. Llevaron al proceso fotos de restos cortados de árboles y trampas de cacería. Si les hubieran preguntado a los indígenas, sabrían que esa área estaba bajo la presión de la extracción de palmito y de cazadores, y de pronto habrían podido colaborar con un plan conjunto de combate a esas actividades ilegales. Nuestra estrategia de defensa, entonces, pasó a adicionar a la primera historia –es decir, la historia que justificaba la tradición de la ocupación guaraní y demandaba la protección constitucional sobre ese territorio– un segundo capítulo. Un capítulo que pudiera justificar la permanencia de la comunidad por la propia política de conservación.

Produjimos una cantidad de informes técnicos sobre cómo los conocimientos y las prácticas tradicionales guaraníes informaban y contribuían al estado de conservación de la Mata Atlántica. Algunos antropólogos realizaron un etnomapeamiento del área utilizada por las familias del *tekoa* Kuaray Haxa para la recolección de plantas medicinales y frutas; y se hicieron registros de cómo, en las caminatas por el bosque, Werá y sus hijos encontraban las señales de la extracción ilegal de árboles y de trampas de cacería. Además del profundo conocimiento de ese pueblo sobre la ecología de la Mata Atlántica –visitada por ellos hasta en sueños–, esos informes técnicos le demostraban al juez que la presencia guaraní servía para la preservación de la Reserva Biológica Bom Jesus. En una segunda audiencia, la Fiscalía del Ministerio Público Federal le preguntó a un antropólogo reclutado como testigo sobre cuántas especies eran utilizadas

por ese pueblo: “yo no sabría decir a ciencia cierta”, respondió, “pero, en un artículo reciente, los investigadores contaron más de trescientas”. La Fiscalía admitió que esperaba oír una respuesta cercana a las decenas, así que las centenas los sorprendieron.

Una reestructuración del Tribunal designó un nuevo juez para el caso, que se dispuso a visitar la comunidad. Fueron recibidos por Rivelino Werá y doña Elza con un rezo *opy*, la comitiva de hombres de traje caminó con nosotros por el área, pasó de casa en casa, escuchó con tiempo el testimonio de los propios indígenas y vio el pequeño cultivo donde los guaraníes hacen crecer las especies tradicionales de maíz, yuca y papa en un área abierta del bosque. En el camino, incluso los gestores ambientales hacían comentarios positivos respecto del cuidado de la comunidad en relación con el medio ambiente. Cuando los hombres trajeados se fueron con sus zapatos embarrados, les prometieron una decisión sobre la permanencia de la comunidad. Doña Elza me señaló en la cerca un pajarito colorido, era un saíra-siete-colores.

Desenlaces recientes

Con base en las informaciones suministradas y con lo que vio en el terreno, el juez decidió revocar definitivamente la orden de reintegración de posesión y garantizó la permanencia de la comunidad hasta el final del proceso. En 2018 me despedí de la asesoría jurídica de la Comisión Guaraní Yvyrupa, pero no de la relación con los guaraníes, que recientemente me dieron la noticia de que las relaciones entre los gestores ambientales y la familia de Rivelino Werá Popyguá mejoraron considerablemente desde la inspección judicial. Hay una orden para que los órganos públicos estudien alternativas de compatibilización entre la conservación de la Reserva Biológica Bom Jesus y la presencia indígena. Eso tal vez abra el camino para un acuerdo y para que un área sea cedida para el establecimiento de la comunidad. Ya lo veremos.

Como se dijo, este caso no es el único, y una decisión conciliatoria podría abrir camino para soluciones de otros conflictos. En los estados del sur y del sudeste de Brasil son por lo menos cinco los procesos que se oponen a las ocupaciones guaraníes debido a las políticas de conservación ambiental, y ampliando la escala más allá de este pueblo y de la Mata Atlántica tal vez este número sobrepase las tres decenas. Algunos de estos casos probaron instrumentos de compatibilización entre las tierras indígenas y las unidades de conservación –que además ya existían cuando se presentó el caso del *tekoa* Kuaray Haxa–, pero solo recientemente han sido discutidos más seriamente entre el órgano indigenista, el órgano ambiental y las comunidades afectadas.

La Política Nacional de Gestión Territorial y Ambiental de Tierras Indígenas (PNGATI), creada por el Decreto 7.747/12, previó planes conjuntos de gestión para unidades de conservación y tierras indígenas. Ya las Instrucciones Normativas 26/12 y 29/12 reglamentaron, en el ICMBio, el procedimiento para firmar los Términos de Compromiso y los Acuerdos de Gestión, respectivamente. Sin embargo, escribo a inicios del año 2020, y creo necesario subrayar que esos avances en la última década se han mostrado frágiles: bajo el gobierno de Jair Bolsonaro, que entraba en su segundo año de mandato, tanto la política indigenista como la de conservación ambiental sufrieron drásticos cortes de recursos materiales y humanos. No se podrá decir que el marco normativo haya sido alterado para la solución de conflictos como este, pero las prioridades del gobierno se han mostrado distintas. A pesar del avance en la justicia, hay poca esperanza de que el caso encuentre un asiento que sea favorable tanto para los gestores ambientales como para la comunidad del *tekoa* Kuaray Haxa, en los mismos años.

Aun así, los guaraníes siguen en su territorio, y es por eso que este es un caso sin par. Al contrario de buena parte de las tierras indígenas con conflictos de superposición con unidades de conservación, que son tierras finalmente demarcadas o al menos delimitadas por los estudios de la Funai, el caso del *tekoa* Kuaray Haxa cuenta una historia en dos capítulos. El primero, es el capítulo de los sueños que revelan la pertenencia de los guaraníes a un gran bosque a las orillas del mar, que justifican la tradición de la (re)ocupación guaraní y demandan la protección constitucional sobre ese territorio. El segundo, ya anunciado por el primero, es el capítulo de los pajaritos: una historia de cómo la presencia de una comunidad indígena es un instrumento de protección ambiental.

Conclusión

El Sol se venga de las onzas

Pa'i Kuara y *Jaxy* guiaron las onzas hasta la orilla del río.

—Fue del otro lado, abuela mía, que encontramos el *guaviraete*. El Sol atravesó y, con la ayuda de Luna, cruzó un puente sobre las aguas. Las onzas subieron para atravesar, sin saber que los hermanos les habían preparado una trampa. Cuando estaban sobre las aguas, Luna giró el tronco y *Pa'i Kuara* cantó para que las aguas se agitaran, y cantó más y más, hasta que todas las onzas se ahogaran.

Menos una. Debido a la prisa de Luna, que no supo esperar la señal de su hermano mayor, una hembra preñada se quedó del otro lado.

Ella fue quien repobló el mundo con las onzas manchadas, *jaguarete*, que viven en el rastro de los indios.

Es por eso que, donde hay guaraníes, hay onzas.

Y es por eso que los indios las respetan como respetan a sus abuelas.

He empleado el término desde el inicio sin explicar el significado. La palabra *tekoa*, en lengua guaraní, quiere decir muchas cosas. En la etimología clásica consolidada por los antropólogos (Morais, 2017, p. 38), *tekoa* sería aglutinación de *teko*, “costumbre”, “modo de ser”, y *a* –partícula locativa– “lugar en que”. *Tekoa* sería, por lo tanto, “el lugar en que vivimos según nuestras costumbres”. Está bien si traducimos el término como “aldea” o “comunidad”, pero sería necesario reconocer que la traducción trae consigo ese sentido más amplio: *tekoa* es el lugar que reúne las condiciones ambientales, cosmológicas y afectivas que le permiten al pueblo Guaraní reproducirse física y culturalmente.

El problema es subsumir este término a una definición legal de “ocupación tradicional”, la expresión constante del referido artículo 231 de la Constitución. Es verdad que el derecho de los pueblos indígenas ha tenido grandes avances en Brasil y América Latina. Las Cartas ordenan la demarcación de las tierras; hay leyes que reglamentan los procedimientos administrativos de protección de los territorios; hay órganos estatales especializados en garantizar los derechos políticos y sociales de esos pueblos. Pero, como toda definición legal, al inscribirse en la ley la expresión “ocupación tradicional” se aleja de la manera con que esos pueblos entienden y viven su propio territorio.

Así, despojada de las contradicciones, de los sueños, de los pajaritos que componen la relación de los guaraníes con su *tekoa*, la expresión “ocupación tradicional” se cristaliza como una definición legal y puede servirle a las ponderaciones de un juez referidas al impacto ambiental que los derechos territoriales de seis familias indígenas pueden causar a las políticas de conservación de la naturaleza. Solo así la carencia de estudios técnicos que comprueben la tradición de la ocupación del *tekoa* Kuaray Haxa puede servir de justificación para un desalojo en favor de los jaguares. Solo así se puede separar a los Mbyá-Guaraníes de la Mata Atlántica.

Como antropólogo y abogado, mi trabajo en este caso fue construir una narrativa que señalara el camino contrario, devolviendo a la expresión la historia en dos capítulos que la completa. Como militante e investigador, ahora, paso esa historia con este texto, que también vuelve a contar el mito de los gemelos Sol y Luna en el tiempo en que vivían en la tierra –una de las historias que escuché de los Mbyá-Guaraníes–.

Al final del mito, después de la venganza contra los jaguares, el Sol sigue su camino por la tierra venciendo adversidades hasta que, finalmente, con su hermano abrazado a su cintura, sube brillando a los cielos, en donde por toda la eternidad tomará chicha, comerá pastelitos de maíz, gozará de los muchos frutos de los cultivos y del bosque, cantará y danzará en la compañía de Nuestro Padre.

También la narrativa de doña Elza guarda un último episodio. Luego de que refundaron la aldea, ella escuchó conversaciones y salió a la ventana a tiempo para ver dos indios viejos, desnudos, pintados y armados como los antiguos, cruzando el patio del frente de las casas que se adentraban en el bosque. La imagen de sus antepasados, me dijo ella, y yo recordé el mito. *Kuaray Haxa*, en lengua guaraní, puede ser traducido como “brillo del Sol”. El nombre de la aldea de doña Elza y del cacique Rivelino Werá hace referencia a ese aspecto fundante de la cosmología de ese pueblo: la luz del Sol que atraviesa la copa de los árboles, la grieta de las casas, la oscuridad de los foros y del gabinete de los jueces, y sigue adelante iluminando el camino.

Referencias

- Cabeza de Vaca, A. N. (1999). *Naufrágios & comentários*. L&PM Editores.
- Cadogan, L. (1997). *Ayvu Rapyta: textos míticos de los Mbyá-Guaraní del Guairá*. Fundación León Cadogan - Ceaduc, Cepag.
- Câmara, I. G. (1991). *Plano de ação para a Mata Atlântica*. Fundação SOS Mata Atlântica.
- Clastres, H. (1978). *Terra sem mal*. Brasiliense.
- Clastres, P. A. (1990). *Fala Sagrada: mitos e cantos sagrados dos índios guarani*. Papirus Editora.
- Garavito, C. (2015). *Investigación anfibia. La investigación-acción en un mundo multimedia*. Dejusticia.
- Kanguá, V. y Poty, P. M. (2003). *A vida do Sol na Terra: Kuaray'i ywy rupáre oiko'i ague*. Anhembi Morumbi.
- Morais, B. M. (2017). *Do Corpo ao Pó: crônicas da territorialidade kaiowá e guarani nas adjacências da Morte*. Elefante.
- Ricardo, F. (2004). *Terras indígenas e unidades de conservação: o desafio das sobreposições*. Instituto Socioambiental.
- Saguier, R. B. (1980). *Literatura guarani del Paraguai*. Biblioteca Ayacucho.
- Schaden, E. (1962). *Aspectos fundamentais da cultura guarani*. Edusp.
- Thevet, A. (1978). *As singularidades da França Antártica*. Edusp.

**Rays of Sun and the Jaguar's
Grandchildren: A Story, in Two
Parts, of the Conflict between
an Indigenous Territory and an
Environmentally Protected Area in
Brazil's Atlantic Forest**

Bruno Martins Morais

Introduction: The Mother of the Sun at the Crossroads

According to the elders, the mother of the Sun, when she was young, roamed the earth. She was a pretty woman who liked to hunt, and one day she made a snare to trap partridges. But instead of catching a *chororo*, a little owl fell into the trap. She adored the owl so much that she took it home and tried to feed it crickets (*kyju*), but the owl wouldn't eat them. She tried feeding it butterflies (*popo'iju*), but the owl wouldn't eat them. It would only eat *mbeiju*, corn cakes. Each night, the owl would sleep on the woman's head and caress her with its wing.

Before long, her belly began to grow and she realized that she was pregnant. Not understanding what had happened, she became worried. The owl, noting her sadness, transformed into a man: Nhanderu Tenondé, Our First Father.

"Let's go to my blue house," he said to his bride.

She did not want to go, fearful that Nhanderu's first wife would become jealous.

"You can go later, but bring me my children!"

Our Father left, and the mother of the Sun remained on earth. Eventually, she decided to follow in Nhanderu's footsteps, carrying Pa'i in her womb. She asked, "Do we go this way, my child?" and the Sun responded, signaling the way.

Pa'i saw an iris and said to his mother:

"Pick it, mother, so it can bring us joy when we get to the house of Our Father."

Farther down the path, he saw another:

"Pick this one, too, so it can bring us joy when we get to the house of Our Father."

But while picking the flower, the mother of the Sun was stung by a bee.

"Only after you're born can you ask me for toys!," she scolded her child. Farther along the path, she stopped at a fork.

The path to the left led to the celestial home of Our First Father. The one to the right led to a cave of jaguars that would devour her. The mother of the Sun did not know this. She asked her child, “Is it this way, my son?”

But in her womb, there was only silence.

This is the first part of the myth of the twins Sun and Moon during their time in the natural world.¹ It resonates to a certain extent with the story that I wish to tell in this chapter: that of Elza and of the Guaraní lands that overlap with environmentally protected areas in southern and southeastern Brazil.

Elza was pregnant when she arrived to the *tekoa* of Kuaray Haxa. But the last time I visited her, in 2019, her daughter was the one showing me the ears of *avatxi ete’i*, native corn, as we sat and talked in the prayer house. There was little left of the harvest, but the Guaraní were happy to sow the remains. On the road, three years had gone by without access to an inch of land; three years without sowing a seed. Despite their hardships and their fear of being evicted as a result of the lawsuit that the national environmental agency had filed against them, the six families started a few small crops, from which they harvested a bit of corn, cassava, and banana. Each year, they replanted what was left over.

The *tekoa* of Kuaray Haxa is a village located within the Bom Jesus Biological Reserve, which is situated between the municipalities of Antonina and Guaraqueçaba in the state of Paraná, and is administered by the Chico Mendes Institute for Biodiversity Conservation (ICMBio), the agency tasked with overseeing the country’s environmentally protected areas. The prosecutors who represent the ICMBio filed a civil lawsuit against the community seeking their removal. In the eyes of the environmental authorities, this Indigenous community is not a “traditional occupant” of the area given that the families arrived in 2011. The biological reserve was created the following year, in 2012. According to the claimants, the Guaraní’s presence in the area threatens certain

1 There are different versions of this myth, each one emphasizing a different circumstance or aspect of the story. Franciscan friar André Thevet (1978), for example, recorded a variant of the story among the Tupinambá people in 1558 in France Antarctique. Much more recently, León Cadogan (1997) recorded the same story among the Mbyá-Guaraní of Guairá. A Portuguese translation from the French was made popular in Brazil by Pierre Clastres (1990). And a bilingual version (Kanguá and Poty 2003) features illustrations by Carlos Papa Miri, a Mbyá-Guaraní *xeramoĩ* (elder) from Rio Grande do Sol.

species that are at risk of extinction, especially the jaguar (*Panthera onca*), a wildcat that inhabits the lowlands of South America.

Elza is not the only Guaraní faced with a lawsuit seeking her and her community's removal in order to save jaguars. In Brazil's southern and southeastern states—that is, in the states of Rio Grande do Sul, Santa Catarina, Paraná, São Paulo, Rio de Janeiro, and Espírito Santo—there are at least five legal proceedings that pit the Guaraní people's right to their traditional territories against the country's environmental conservation policies, according to the Guaraní Yvyrupa Commission, an Indigenous political organization that represents Guaraní communities in those six states.

Nonetheless, the true number of cases may be even higher. A large portion of such claims are filed against the republic, the Ministry of Justice, or FUNAI, the country's Indigenous affairs agency, often without the knowledge of the Indigenous communities. There is no public database that reports the number and status of environmentally protected areas that overlap with Indigenous territories. The most recent count—performed by a civil society organization, the Socioenvironmental Institute—notes that forty-two protected areas overlap with thirty-seven Indigenous territories (Ricardo 2004, 592). However, this figure is over a decade old and has possibly doubled since then. At the time of the count, the Socioenvironmental Institute convened anthropologists, indigenists, environmentalists, public officials, and jurists in an effort to engage in a frank discussion of the issue. The publication resulting from the effort covers significant ground, mapping overlaps in the Amazonia and the Atlantic Forest in particular, doing a deep-dive into certain case studies; the publication appears to be the last major systematization of discussions on the subject.

In this chapter, I try to pick up that thread. Despite the general lack of information that might allow us to have a solid understanding of the current situation, I try to provide a roadmap of the conflict between environmental conservation efforts and Indigenous rights in Brazil, especially as it relates to the Guaraní people. To this end, I explore the case of the *tekoa* of Kuaray Haxa, located in the Bom Jesus Biological Reserve, an environmentally protected area. I write this chapter in my capacity as an anthropologist interested in the issue of Guaraní territoriality, as well as a lawyer. Having served until 2019 as a legal adviser to the aforementioned Guaraní Yvyrupa Commission, I assume the privileged “amphibious” position (Rodríguez-Garavito 2015) of activist-researcher in order to offer an account of this case, which most observers insist on characterizing as a clash between, on the one hand, the Indigenous right to land and, on the other, the right to a healthy

and balanced environment, upheld through environmental conservation policies. My argument, in line with what the Guaraní have taught me through their stories, is twofold: first, legal conceptions of “traditional occupation” should not disregard the narratives that constitute the history, memory, and identity of the Indigenous people vis-à-vis the land they claim as theirs; and second, Indigenous occupation—in view of that same history, memory, and relationship—is, in essence, an instrument for environmental conservation.

Atlantic Forest, the Land of a People

The Jaguars Try to Eat the Sun

126

Bruno Martins Morais

The mother of the Sun chose the path to the right, which took her to the jaguars’ cave. There, a very old female jaguar was waiting for her grandchildren to come back with their catch:

“Go away! My grandchildren will eat you up!”

But just as the grandchildren arrived, the old jaguar hid the mother of the Sun in a dried gourd. The children could sense the smell of meat.

“Our grandmother has prey!”

Sniffing for the mother of the Sun, the children looked in the gourd and found the woman. They killed her immediately, and as they ate her flesh, they found the child that she was carrying:

“Grandmother, she is pregnant!”

“So roast the baby, whose soft flesh will be easy for my old teeth to chew.”

The grandson tried to roast the baby but could not get the skewer in.

“I know, I will grill it!”

But he was unable to grill it over the fire, as the Sun would not cook.

“So take it to the mortar and grind it hard!”

But the Sun wouldn’t grind. The jaguars stopped trying to eat the Sun and decided to make it their pet.

According to Ruben Saguier:

Before the arrival of the Europeans, the great Tupi-Guaraní family or nation occupied a vast area that descended intermittently along the Atlantic coast from the mouth of the Amazon to the River Plate, extending inland to the Andean foothills, especially around the rivers. (Saguier 1980, IX)

Along the coast, from the mouth of the Amazon to the River Plate. Inland, up to the foothills of the Andes, tracing the meadows of the large rivers. This was—and still is—the territory occupied by the Tupi-Guaraní-speaking peoples. Notions of this territoriality are recorded in the chronicles of different explorers, such as Álvaro Núñez Cabeza de Vaca, who, disembarking from his fleet at Santa Catarina Island, wrote about his stops in the villages of a “nation of Indians” who “occupy a large extension of land and speak a single language” (1999, 157). Ulrich Schmidel, Binot de Bonneville, and Aleixo Garcia, in addition to the entire universe of Jesuit missionaries, bore witness to the presence of Guaraní people in nearly all of what are now the southern and southeastern states of Brazil, as well as Mato Grosso do Sul, from the coast to the River Plate basin and past the Paraná River into Argentina, Paraguay, and Bolivia.

Although there are no reliable data, French anthropologist Héléne Clastres (1978) estimates that the Guaraní population numbered at least 1.5 million people during the sixteenth century. Some ethnographic studies, such as those of Curt Nimuendajú, Egon Schaden, and León Cadogan, identified differences within the population and categorized today’s Guaraní population according to five subgroups: Chiriguano, Guajanqui, Nhandeva, Kaiowá, and Mbyá (Schaden 1962). Three of these groups are found widely throughout Brazil: the Kaiowá, who are mainly in the state of Mato Grosso do Sul, and the Nhandeva and Mbyá, who are scattered along the coast and interior parts of the south and southeast. Thus, it could be said that the Guaraní in Brazil currently live mainly in the states of Rio Grande do Sul, Santa Catarina, Paraná, São Paulo, Rio de Janeiro, Espírito Santo, and Mato Grosso do Sul. There are also records of Guaraní families living in Tocantins, Pará, and Maranhão.² According to recent data collected by FUNAI and the Special Secretariat of Indigenous Health, both of which are official agencies, the country’s Guaraní population numbers between 70,000 and 74,000 people.

According to FUNAI, there are currently sixty-six traditional Guaraní territories in Brazil, and another thirty-five non-traditional lands set aside for this population. Together, these lands constitute

2 These families arrived to the northern part of the country through a migration effort led by Manoel Rodrigues in the 1960s, in a process similar to that of the families of the *tekoa* of Kuaray Haxa. They ended up scattered between various Indigenous territories: Xambioá (Tocantins), Mãe Maria (Pará), Rio Pindaré (Maranhão), and Nova Jacundá (Pará). There are records of Guaraní families in other areas of the north and northeast, but I do not have access to precise information about them.

approximately 240,023 hectares and are home to 62,772 individuals.³ It is worth noting that this area refers to the total area of officially demarcated lands, but there is no guarantee that these lands are effectively controlled by the Guaraní. Many of the demarcated lands are currently involved in legal proceedings that hinder, suspend, or invalidate the administrative decisions placing the land in the hands of the Guaraní. In addition, another part of the Guaraní population lives on lands that are demarcated for other Indigenous groups; or they live on non-Indigenous lands, such as makeshift roadside settlements, pasturelands, and ciliary forests near farms, where they wait for their land claims to be heard by the state.

But let us take a look at another description of a pre-Columbian territoriality, this time by an environmentalist. The following excerpt is Ibsen Gusmão Câmara's description of the dispersion of the tropical Atlantic Forest:

During the time of Brazil's discovery, a nearly continuous forest cover, though diverse in its physiognomy and flora, extended along the coast from Rio Grande do Norte to Rio Grande do Sul, with vast extensions inland, covering almost the entirety of Espírito Santo, Rio de Janeiro, São Paulo, Paraná, [and] Santa Catarina, as well as portions of Minas Gerais, Rio Grande do Sul, and Mato Grosso do Sul, and extensions into Argentina and Paraguay. This colossal heterogenous forest that occupied more than 1,000,000 square kilometers in Brazil alone (almost 12% of the country's area), though significantly smaller and fragmented today, warrants a common name that considers it in its entirety. (Câmara 1991, 7–8)

As the second largest rainforest in South America, the Atlantic Forest previously occupied almost all of Brazil's northeast, southeast, and southern coastlines, with varying widths and inland formations that stretched to Argentina and Paraguay—an almost exact convergence with Guaraní territory, such that we could say that the two are naturally and historically superimposed. And just like the Indigenous territory, the Atlantic Forest was torn into pieces as farms popped up, cities grew, and highways were erected.

Today, the remnants of this forest span ninety-eight square kilometers—that is, 7.6% of the forest's original area. This small tract of land is home to 712 protected areas: 131 federal ones, 443 state ones, 14 municipal ones, and 124 private ones, distributed across sixteen states (Ministry of the Environment n.d.). Though these numbers are impressive, conservationists universally note that they are insufficient: with

3 The data are from 2015 and are drawn from records of FUNAI's Directorate for Territorial Protection and censuses conducted by the Special Secretariat for Indigenous Health.

small and fragile ecosystems, these protected areas account for only 2% of the forest's remnants.⁴

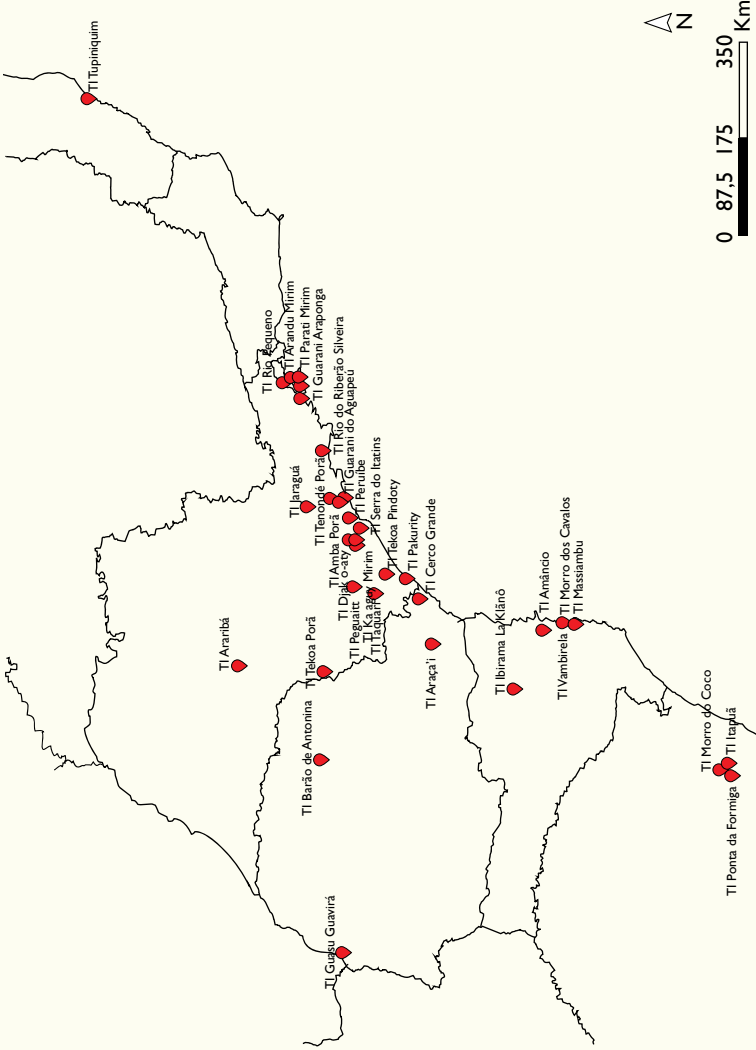
These figures probably do not mean much to those who are unfamiliar with the reality of this Indigenous people, or the problems concerning the conservation of the Atlantic Forest biome, or current socioenvironmental debates in Brazil. Map 1 can help situate this discussion for those readers; but the most important thing to note is that shortcomings in both the protection of Indigenous peoples' land rights and the advancement of environmental conservation policies are the dramatic result of a historic and violent process of expropriation and haphazard occupation of land, which has chopped both Guaraní territory and the tropical rainforest into small pockets of protected areas, oftentimes superimposed on each other.

In some cases, this process dates back to the sixteenth and seventeenth centuries, when settlements along the São Paulo coast opened the door for the establishment of colonial haciendas; in other cases, the spoliation has more recent roots. Between the 1940s and 1980s—when the country lived intermittently between regimes of exception—Guaraní families who had taken refuge in the forest of the Paranaguá Bay estuary extending to the Ribeira Valley were forcibly removed and resettled in the territory of the Kaingang people, in the country's interior; and when they tried to return to their lands, they were greeted by a huge maritime port.

Across from this land, the islands where their grandparents lived were designated as environmentally protected areas, including Superagui National Park and the Ilha do Mel State Park. On the mainland, there were at least five state parks in addition to the Saint-Hillaire/Lange National Park and the Bom Jesus Biological Reserve, the latter of which overlaps with the *tekoa* of Kuaray Haxa. All of these conservation areas are granted "full protection" under Brazilian law, which environmental managers interpret as meaning that they do not allow human presence. The Indigenous and traditional communities that live on these lands have been harassed by authorities for decades and, like the families living in Kuaray Haxa, face the threat of eviction.

4 This finding can be seen, for example, in a study by the Institute of Applied Economic Research warning about the impact of Brazil's new Forestry Code on legal reserves. According to the researchers, reducing protected areas poses dire consequences for biodiversity, especially in the Atlantic Forest, where the breadth of protected areas is insufficient (see Instituto de Pesquisas Econômicas e Aplicadas 2011).

MAP I Guaraní lands that overlap with environmentally protected areas



Source: Prepared by the author

Rays of Sun

The Sun and Moon Plot Their Revenge

Pa'i Kuara (the Sun) searched for what would become his bow. He shot arrows at butterflies and little birds and brought them to the jaguar, his grandmother. Feeling lonely, he used a leaf from the *kurupika*⁵ tree to create his brother, Moon.

One day, they entered the blue jungle and aimed an arrow at a parrot. They missed.

"Shoot again!" mocked the parrot.

They tried again and missed, and the parrot said:

"You children take food to those who ate your mother!"

Hearing this, Pa'i Kuara began to cry. He had already suspected that the jaguars had killed their real mother.

He asked Jaxy (Moon):

"Are you feeling strong, little brother?"

Moon nodded.

"Then let's plan our revenge."

Just before Rivelino Werá's grandfather died, he summoned his grandson. The old man told his grandson that he had dreamt again about his land, where there was a large forest near the sea. He also said that he was too old and wouldn't be alive to help his family. So he gave an order: "When I am no longer here, you need to take your children and search for a place that Nhanderu will show you. Here, there is no way for us to live according to our customs!"

At the time, Rivelino Werá Popygua and his wife, Elza, were living in the village of Palmerinha, in the Mangueirinha Indigenous Reserve, and were experiencing numerous problems. In effect, the Mangueirinha Indigenous Reserve is the traditional territory of the Kaingang people and is where Guaraní families were relocated after a policy of the Indian Protection Service displaced them from the Atlantic Forest region. During the 1940s–1980s in Brazil, the country's legal framework, including the Constitution, sought to have the Kaingang, an Indigenous people with a well-established relationship with the state, "civilize" the Guaraní people and ensure their eventual assimilation into national society.

5 *Sapium glandulatum*—popularly known as milk tree, *leiteiro* (milkman), *mata olho* (eye killer), or *toropi* (armadillo path)—is a tree with soft wood that belongs to the family *Euphorbiaceae* and which the Guaraní often use to make handicrafts.

Involved in the logging trade and led by the *chefe de posto*,⁶ the Kaingang facilitated a veritable raid of the remaining forest areas of the Indigenous territory before converting the land into grain crops. In the reserve, the Guaraní were marginalized economically and socially, which led to numerous problems: violence, alcohol dependence, a lack of leadership, and a lack of opportunities for youth. Against this backdrop, and heeding the words of his grandfather, Werá and his wife, along with other families related to them, left Mangueirinha and began a pilgrimage in search of a new home. They arrived to Palmital, in the municipality of União da Vitória, but they were kicked out, they say, by an army colonel who threatened them at gunpoint, threw them into a truck, and torched their houses. During the ordeal, one of Werá's sons had an accident and was denied care at the hospital.

Regrouped after the attack, they decided to try establishing contact with some relatives living in the Rio da Areia Indigenous Reserve, in the municipality of Inácio Martins. They took temporary shelter in the Araçaí Indigenous Reserve, in the municipality of Piraquara, where Werá's uncle Marcolino, a *rezador* (a prayer leader), lived; Marcolino had also left the village of Palmerinha after his father's death. Then they spent a time in Contenda, in the region of Curitiba, living with a man who claimed to be Indigenous but who later kicked them out because they refused to work for free; with the help of a church, they fled to the Sambaqui Indigenous Reserve, in the municipality of Pontal de Paraná, in the region of the Paranaguá estuary.

Almost three years had passed in their pilgrimage when Elza had a dream. She dreamt that she was walking in a large forest and saw colorful birds that she didn't recognize. When she woke up, she told her husband about the dream, and they set out together to walk through the municipalities of Pontal de Paraná, Paranaguá, Antonina, and Guaraqueçaba until they came across the foundation of an old house on the side of the road. It was a heart-of-palm plantation that had been abandoned some time ago. Elza sat down for a quick rest when, to her surprise, a flock of colorful birds circled around her.

They were the birds from her dream—green-headed tanagers (*Tangara seledon*), a bird endemic to the Atlantic Forest. Suddenly she recognized the place as the *tekoa* of Kuaray Haxa, literally meaning rays of sunshine, as revealed by Nhanderu, Our First Father, in the dream of Werá's grandfather. Thus, on April 19, 2011, they entered this land

6 Until the 1990s, the government held "posts" inside Indigenous lands, and the *chefe de posto* was a public servant who lived within a given Indigenous village and was responsible for "managing" that community. In many cases, these administrators acted more as tyrannical despots than as public servants.

with their children and founded a village, unaware that the same area was being considered as the site of the future Bom Jesus Biological Reserve—something they understood only when they received a repossession order issued by a judge from the First Federal Civil Court of Paranaguá, in 2014. That was when Cacique Werá reached out to the Guaraní Yvyrupa Commission, which, despite its limited resources, has legal counsel and was able to explain the legal conundrum facing the families. And that was when the case landed on my desk.

The Lawsuit

The Guaviraete Trap

133

Rays of Sun and the Jaguar's Grandchildren

"Wash your face, my brother, or our jaguar-grandmother will know that we were crying."

Sun and Moon washed their faces in the lake, and when they looked up, the banks had become more distant. They returned home on foot, and Sun, trying to cheer up his little brother, said:

"I'll make a fruit for you!"

He walked on the tree and the *guaviraete*⁷ was born. When they arrived home, the old jaguar asked:

"Why are your eyes puffy, my little grandchildren?"

"We got stung by bees!"

Sun and Moon offered *guaviraete* to their grandmother-jaguar.

"And where did you get this delicious fruit?"

"From the other side of the river," answered Sun.

The old jaguar wanted to know if they had brought a lot of it home.

"Call your siblings and children, grandmother, and tomorrow we can all go there to gather more!" offered Sun.

"If it weren't night time, I would go now..." she sighed.

Furtively, Sun and Moon agreed that when Sun gave the signal, his brother would topple the bridge and they would drown the jaguars.

The *tekoa* of Kuaray Haxa has a population that fluctuates between five and ten Guaraní families, from the Mbyá subgroup, totaling thirty to forty people, including at least five children and one elderly person. Located along kilometer 17 of the Deputado Miguel Bufara Highway, in the border area straddling the municipalities of Antonina and

7 Also known as *gabiropa*, *guabiropa*, *guabirova*, *guavirova*, *gavirova*, and *araçá-congonha*, this green and round fruit is a shrubby genus of the myrtle family.

Guaraqueçaba, this Indigenous community lives on a property that used to belong to Bamerindus Bank and was later transferred to the Secretariat for Federal Heritage as debt payment; the secretariat then transferred the property to the Brazilian Institute of Environment and Renewable Natural Resources. Divided into two pieces, the property spans approximately 5,900 hectares. In accordance with a decree issued on June 5, 2012, both pieces of land were assigned to the Bom Jesus Biological Reserve, which has a total of 34,179 hectares and is in the process of land title regularization. Surrounding the biological reserve are “private reserves of natural heritage” and at least one encampment of the Landless Workers’ Movement, known as the André Lutzemberger Camp, located ten kilometers from the village. Fazenda Bom Jesus, as the land is called, is a former heart-of-palm plantation. A side road leads from the highway into the property; and the property’s entire front area is secondary vegetation in the recovery phase, so-called ombrophilous forest, or simply the Atlantic Forest. Further inside, there are also remnants of primary forest.

This is the physical profile of the area. During my first court hearing, I was happy to describe it thus to the judge, because the technical terms were testimony to a certain level of degradation, as well as an indication that such a small human settlement poses little or no danger to environmental conservation efforts—and indeed, could even facilitate the area’s recovery. That was the practical claim; the hard part would be the legal one. How was I to argue that the community’s right to this land was based, more concretely, on Elza’s dream about birds?

The Legal Framework

In Brazil, Indigenous peoples’ right to territory is constitutionally protected. Article 231 of the Constitution recognizes Indigenous peoples’ “primary right [*direito originário*] to the lands that they traditionally occupy,” as well as the state’s obligation to “demarcate those lands and to protect and ensure respect” for them. There is a controversial debate over the concept of “traditional occupation”—an issue that will soon be addressed by the Constitutional Court—but the leading interpretation requires proving that an area was occupied by a particular Indigenous group, or at least historically utilized by them for their physical and cultural reproduction. In this regard, FUNAI regularly commissions extensive interdisciplinary studies involving anthropology, history, geography, ecology, and other fields to inform demarcation procedures that ensure Indigenous communities’ possession of territories they claim as their own.

But this was not the case with the *tekoa* of Kuaray Haxa, as there were no such studies available. Conducting them on our own would be costly and time consuming, not to mention of little use because in order for such studies to be accepted as legitimate in the eyes of the state, they must be commissioned by official bodies. A consultation of FUNAI's database revealed that Kuaray Haxa had only recently been recognized as a demarcation claim, along with more than 200 other claims in the same situation. We put pressure on FUNAI, but the truth is that even if we managed to speed up the study, the state's technical experts would face the same problem: that despite this territory's close relationship with the identify of a handful of Guaraní families, it had only recently been occupied, or reoccupied, a fact that made it difficult to justify the community's claim before the executive branch or the courts.

Meanwhile, the country's legislation on environmental conservation is recent and was developed in parallel to discussions on Indigenous land rights under the 1988 Constitution. When the government passed Law 9985 of 2000 establishing the National System of Protected Areas, the decree regulating the demarcation of Indigenous lands under the new Constitution was already four years old. The problem of overlaps between Indigenous lands and protected areas had already become evident to the point that this law foresaw the need, in its article 57, to create mixed working groups comprising Indigenous and environmental experts to "propose the guidelines for the regularization of eventual overlaps."

Two years later, Brazil's president signed Decree 4339 outlining the principles and guidelines for the implementation of the National Biodiversity Policy. This decree marked a turning point in Brazil's legal framework on the relationship between Indigenous rights and environmental conservation, starting with its statement of principles, which elevates the discussion to a new level:

2. The National Biodiversity Policy shall be governed by the following principles:

...

XI – mankind is part of nature and has been present in Brazil's various ecosystems for more than ten thousand years, and all of these ecosystems have been and are being altered by humankind to a greater or lesser extent;

XII – the maintenance of the nation's cultural diversity is important for the plurality of values in society regarding biodiversity, and Indigenous peoples, Quilombolas, and other local communities play an important role in the conservation and sustainable use of Brazilian biodiversity.

The policy prescribed the promotion of and support for “biodiversity conservation within the lands of Indigenous, Quilombola, and other local communities, respecting these communities’ ethno-environmental use of the ecosystem” (art. 11.2.7), and reiterated the terms of the law establishing the National System of Protected Areas by ordering “an action plan to resolve the conflicts stemming from the superimposition of protected areas and Indigenous and Quilombola lands” (art. 11.2.8). The development of a legal framework for managing such conflicts continued with the issuing of Decree 5758 of 2006, which instituted a National Strategic Plan for Protected Areas that provided for joint efforts between the country’s environmental agencies and its Indigenous agency. The Federal Supreme Court established a paradigmatic precedent when it affirmed, in the case of *Raposa Serra do Sol*, that there is unequivocal compatibility between the country’s Indigenous and conservationist policies.

Beyond the aforementioned statement of principles, however, none of these legal instruments constituted mechanisms for guaranteeing the protection of Indigenous communities’ rights to land when it coincides with protected areas. The working group established in article 57 was not created immediately or in the years to follow. When it was finally put together, in 2011, an impasse became clear: technically speaking, in the case of the recognition of a primary right (*direito originário*), the demarcation of Indigenous land would have the legal strength to annul any titles over the area, including public land titles. The possibility that the recognition of traditional Indigenous territory could, legally speaking (at least in theory), invalidate an environmentally protected area weighed like a shadow over environmental authorities, despite the fact that this was not actually an argument embraced by most of the Indigenous groups affected. At least not the Indigenous community from the *tekoa* of Kuaray Haxa, which overlapped with the Bom Jesus Biological Reserve.

An Umbilical Cord and a Mystery

Werá and Elza welcomed me into the *opy*, the Mbyá-Guaraní’s sacred house of prayer, and we talked at length about the case’s difficulties. I explained that the judge from the federal court in Paranaguá, before even hearing the community’s testimony, ordered the repossession of the land and gave the community a deadline of a few days to peacefully exit the protected area. Even worse, the appeal filed before the regional federal court was initially decided in favor of ICMBio; and FUNAI’s attorney was negotiating with the judge to promise the peaceful exit of

the Indigenous community in order to avoid police intervention. The reason for the urgency, I told them, was that their presence, according to ICMBio, was endangering animals and plants that were on the verge of extinction, including jaguars. Elza listened to me while she nursed her daughter.

Her daughter had been born in the *tekoa* of Kuaray Haxa, and the baby's umbilical cord was buried in the shade of the trees there. After three years of moving from one place to another, it was there that Elza and her husband were able to build a house together and to bring a child into this world. It was there that Elza found the birds that visited her in her dreams, as well as the signs that this land was the same one described by Werá's grandfather: the vast forest by the sea, where the Guaraní could live according to their customs. I realized that for this case, there was no other defense strategy but to tell the judge this story.

It didn't work.

At the first hearing, despite Rivelino Werá's testimony about his journey, a judge with little inclination to listen to stories about dreams and birds upheld the repossession order and set a deadline for FUNAI to present a plan to remove the Indigenous families from the area. But a few days later, something as mysterious as Elza's dreams occurred: the appeals judge, Luís Alberto D'Azevedo Aurvalle from the regional federal court, showed a change of heart. Overturning the previous decision ordering the repossession, this new ruling acknowledged the compatibility between environmental conservation policies and the protection of Indigenous land rights. The ruling would allow the families to remain where they were, provided that certain conditions were met—among them, that the settlement could not grow any larger. In spite of these restrictions, the decision was effusively celebrated.

And equally effusively, ICMBio fought the ruling. Environmental managers began submitting regular reports to the judge informing him that the Indigenous community was degrading the area and violating the terms set by the court. They showed the court photographs of trees that had been chopped down and of hunting traps. If these managers had bothered to consult the Indigenous families, they would have learned that the area was being trespassed on by individuals involved in illegal hunting and heart-of-palm extraction, and perhaps they could have worked with the community to devise a plan for deterring these activities. In light of this situation, our defense strategy was to build on the first chapter of the story—that is, the one justifying the Guaraní community's occupation and seeking the constitutional protection of their settlement—by adding a second chapter. A chapter that could justify the community's presence by drawing on the conservation policy itself.

We produced a wealth of technical reports on how traditional Guaraní knowledge and practice informed and contributed to the conservation of the Atlantic Forest. Anthropologists performed an ethno-mapping of the area used by families to collect medicinal plants and fruits, and they recorded how Werá and his children, during their walks through the forest, found traces of illegal logging and hunting. These reports, in addition to demonstrating the Guaraní community's deep knowledge of the ecology of the Atlantic Forest—which they wandered even in their dreams—also showed the court how the community's presence enhanced the protection of the Bom Jesus Biological Reserve. During a second hearing, the public prosecutor asked an anthropologist who was serving as a witness how many species were used by this community: "I can't say for sure," he replied, "but in a recent article, researchers counted more than three hundred." The prosecution admitted that they were surprised by this answer, as they were expecting an answer closer to the tens, not hundreds.

A restructuring of the court led to a new judge being appointed to the case. This new judge decided to visit the community in person. Greeted with a prayer by Rivelino Werá and Elza, the court's entourage of men in suits walked with us throughout the area, passing from house to house to hear firsthand from the Indigenous families. They also visited the small field in an open area of the forest where the Guaraní grew their traditional species of corn, cassava, and potato. During the walk, even the environmental managers could be heard making positive remarks about how the community was caring for the natural environment. When the men in suits were ready to leave, their shoes covered in mud, they promised to deliver a ruling in a few days' time. Elza caught my attention and pointed to a colorful bird sitting on the fence. It was a green-headed tanager.

Recent Developments

Based on the information provided to the court, as well as the information gathered from the court's visit, the judge decided to revoke the repossession order and to protect the community's presence in the area until the end of the legal process. In 2018, I said goodbye to the legal counsel of the Guaraní Yvyrupa Commission but not to the Guaraní community, who had recently informed me that their relationship with the environmental managers had improved considerably since the court's visit. There is a court order mandating public agencies to study alternatives for reconciling the conservation of the Bom Jesus Biological Reserve with the presence of the Indigenous community. Perhaps

this will open the door for an agreement ceding a portion of the reserve to the community. We shall see.

As mentioned earlier, this case is not the only one of its kind, and a conciliatory ruling could pave the way for resolutions to other conflicts. In the southern and southeastern states of Brazil, there are at least five cases challenging the existence of Guaraní settlements on the grounds of environmental conservation, and if we look beyond the Guaraní people and the Atlantic Forest, this number likely exceeds three dozen. Some of these cases have tested mechanisms for establishing a synergy between Indigenous territories and environmentally protected areas—mechanisms that were in fact already underway when the lawsuit against the *tekoa* of Kuaray Haxa was filed—but only recently have these tools been explored as a serious option in discussions between the country's Indigenous and environmental agencies and affected communities.

The National Policy for Territorial and Environmental Management of Indigenous Lands, created via Decree 7747 of 2012, provides for joint management plans for Indigenous lands and environmentally protected areas. Normative Instructions 26/12 and 29/12 at ICMBio have already regulated the process for signing terms of commitment and management agreements, respectively. However, as I write this chapter during early 2020, I believe it is important to stress that these developments over the past decade have proven fragile: under the Bolsonaro administration, which is now in its second year, the country's Indigenous and environmental policies have endured drastic cuts in budgets and personnel. While the legal framework has remained unchanged, it is clear that the government now has different priorities. Despite progress at the judicial level, there is little hope that this case will secure a resolution that is amenable to both environmental authorities and the community of Kuaray Haxa in the years to come.

That said, the Guaraní families continue to remain on their territory, which is why this case is unique. Unlike most Indigenous lands that find themselves in conflict with protected areas—lands that are eventually demarcated or at least delimited by FUNAI studies—the case of the *tekoa* of Kuaray Haxa is a two-chapter story. The first chapter is about the dreams that show the Guaraní living in a large forest near the sea, which justify the Guaraní's (re)occupation of this area and the constitutional protection of the territory. The second chapter, hinted at in the first, is about the birds: it is a story about how the presence of an Indigenous community can be an instrument of environmental protection.

Conclusion

Sun Takes Revenge on the Jaguars

Pa'i Kuara and Jaxy led the jaguars to the banks of the river.

"It was on the other side, my grandmother, that we found the *guaviraete*."

Sun went first and, with Moon's help, crossed a log bridge that had been placed over the water. The jaguars followed suit, not knowing that the two brothers had prepared a trick. When the jaguars were standing over the water, Moon swiveled the log, and Pa'i Kuara sang so that the waters would run wild, and he sang more and more until all of the jaguars drowned.

Except for one. Moon, in his haste, had not waited properly for his brother's signal, and a pregnant jaguar was left standing on the shore. She was the one who repopulated the world with jaguars, *jaguarete*, who endure today on the faces of the Indigenous people.

That is why wherever there are Guaraní, there are jaguars.

And that is why this Indigenous people respect the jaguars as they respect their grandmothers.

I have used a term since the beginning of this chapter without explaining its meaning. The word *tekoa* is a Guaraní term that means many things. According to the etymology established by anthropologists (Morais 2017, 38), *tekoa* is derived from the word *teko*—meaning "custom" or "way of being"—and *a*—meaning "place in which." Thus, *tekoa* would be "the place in which we live according to our customs." While it is fine to translate the term as "village" or "community," it is important to acknowledge that such a translation betrays its wider meaning, for *tekoa* is the place that brings together the environmental, cosmological, and affective conditions that allow for the Guaraní people's physical and cultural well-being.

The problem surfaces when we subsume this term into the legal definition of "traditional occupation," the expression used in the aforementioned article 231 of the Constitution. It is true that the rights of Indigenous peoples have seen significant advances in Brazil and in Latin America generally. National constitutions provide for the demarcation of Indigenous territories; laws regulate the administrative procedures for protecting these territories; and specialized state agencies have been created to ensure the political and social rights of Indigenous peoples. But, as with any legal definition, when the expression "traditional occupation" is written into law, it becomes removed from reality—in this

case, from how these communities understand and experience their own territory.

Thus, stripped of contradictions, of dreams, of the birds that form a part of the Guaraní people's relationship with their *tekoa*, the term "traditional occupation" becomes crystallized within the law, where it can serve the ponderings of a judge wondering about the impact that the land rights of six Indigenous families might have on environmental conservation policies. Only in this way can the lack of technical studies proving the traditional occupation of the *tekoa* of Kuaray Haxa serve as justification for a community's displacement in the name of jaguars. Only in this way can the Mbyá-Guaraní be separated from the Atlantic Forest.

As an anthropologist and a lawyer, my work in this case was to build a narrative pointing to a different possibility, one that restored the expression's multiple facets, as demonstrated in the two chapters that make up this story. As an activist-researcher, I now pass this story forward through this chapter, which also retells the myth of the twins Sun and Moon during their time in the natural world—one of the stories I heard from the Mbyá-Guaraní. At the end of this myth, after seeking revenge against the jaguars, Sun continues his journey on earth, overcoming adversity until, finally, with his brother hugging his waist, he ascends shining into the heavens, where for all eternity he will drink chicha, eat corn cakes, enjoy the fruits of the harvest and the forest, and sing and dance with Our Father.

There is one last piece to Elza's story. After the village's re-founding, she heard voices outside her home, and she approached the window just in time to see two old men, naked, their bodies painted, and bearing weapons like in the past, crossing the yard and entering the forest. It was the image of her ancestors, she told me, and I remembered the myth. *Kuaray Haxa*, in Guaraní language, can be translated as "ray of sun." This name that Elza and cacique Rivelino Werá gave to their village pays tribute to this critical aspect of Guaraní cosmology: the rays of sun that shine through the treetops, through the cracks in houses, through the darkness of meeting rooms and judges' chambers, and continues illuminating the way.

References

- Cabeza de Vaca, Álgvar Núñez. 1999. *Naufrágios & comentários*. Porto Alegre: L&PM Editores.
- Cadogan, León. 1997. *Ayvu Rapyta: Textos míticos de los Mbyá-Guaraní del Guairá*. Asunción: Fundación León Cadogan, Ceaduc, Cepag.

- Câmara, Ibsen de Gusmão. 1991. *Plano de ação para a Mata Atlântica*. São Paulo: Fundação SOS Mata Atlântica.
- Clastres, Hélène. 1978. *Terra sem mal*. São Paulo: Brasiliense.
- Clastres, Pierre. 1990. *Fala Sagrada: Mitos e cantos sagrados dos índios guarani*. São Paulo: Papirus Editora.
- Instituto de Pesquisas Econômicas e Aplicadas. 2011. *Código Florestal: Implicações do PL 1876/99 nas áreas de reserva legal*. Comunicado no. 96. https://portalantigo.ipea.gov.br/agencia/images/stories/PDFs/comunicado/110616_comunicadoipea96.pdf
- Kanguá, Verá, and Papa Miri Poty. 2003. *A vida do Sol na Terra: Kuaray'i ywy rupáre oiko'i ague*. São Paulo: Anhembi Morumbi.
- Ministry of the Environment. n.d. "Dados do Cadastro Nacional de Unidades de Conservação." <http://www.mma.gov.br/areas-protegidas/cadastro-nacional-de-ucs/>
- Morais, Bruno Martins. 2017. *Do Corpo ao Pó: Crônicas da territorialidade kaiowá e guarani nas adjacências da Morte*. São Paulo: Elefante.
- Ricardo, Fany. 2004. *Terras indígenas e unidades de conservação: O desafio das sobreposições*. São Paulo: Instituto Socioambiental.
- Rodríguez-Garavito, César. 2015. *Amphibious Research: Action Research in a Multimedia World*. Bogotá: Dejusticia.
- Saguié, Ruben Bareiro. 1980. *Literatura guarani del Paraguai*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Schaden, Egon. 1962. *Aspectos fundamentais da cultura guarani*. São Paulo: Edusp.
- Thevet, André. 1978. *As singularidades da França Antártica*. São Paulo: Edusp.